

PRÓLOGO

*“Fuego sutil, dentro de mi cuerpo todo
presto discurre: los inciertos ojos
vagan sin rumbo, los oídos hacen
ronco zumbido.
Cúbrome toda de sudor helado...”*
Safo de Mitilene

Y es que el amor, cuando florece libre de controles establecidos, crece en profundidad. Es entonces cuando sus raíces se fortalecen, sus frutos lucen con esplendor, sus ramas alcanzan alturas sin fronteras. Aquí tenemos un ejemplo. Esta novela que hoy tenemos entre las manos, anclada en la vida real, es un hermoso producto de la vida. Y no hablo de suposiciones. Posiblemente fui el primer lector que la conoció cuando todavía era un proyecto. Me metí en ella, la gocé, la disfruté, me gustó y acepté dedicarle un rato y estas letras. Sí, cierto que como novela que es, y de agradable lectura, hay ficción, creatividad y corazón, pero también hay vida real.

Tuve el placer de ser testigo en alguna de las escenas que aquí se narran. Allí se vivió la hermosura de un amor sin fronteras ni tabúes. Respiramos cariño, respeto, alegría... Precisamente por eso, cuando he sido invitado a escribir este prólogo, lo he hecho encantado. Porque sé que ustedes, los lectores, cuando la tengáis entre las manos opinaréis como yo, se respira vida y afectividad, a pesar de que el camino que se recorre a través de su desarrollo no es un sendero de rosas. Sabremos de espinas que se rompen y de semillas que fructifican. Sabremos, en suma, del triunfo del coraje y la entrega.

Sólo unas palabras más: Disfruten amigos. Y que siga triunfando el amor.

MANUEL CUBERO

*“Una vez salimos del pozo,
no debemos olvidar todo
lo que aprendimos dentro de él”*

Aquel día era uno como otro cualquiera. Por la tarde, tomaba una taza de café observando el paisaje que ofrecía mi ventana y vi un color tan bonito en el mar, que no pude resistirme a bajar un rato a la playa para hacer algunas fotos y, de camino, dar las buenas noches al sol.

Al pasear por la orilla siempre miro directamente al suelo intentando encontrar, entre las piedrecitas, esas “orejitas de mar” que a mi madre tanto le gustaban. Para nosotras su búsqueda era un gran reto; supongo que para cualquiera que sepa de su existencia, pues no son ejemplares que abundan y su tamaño no es mayor que el de una uña.

Me fijé en el sol y vi que aún estaba muy alto para fotografiarlo, así que, después de pararme frente al mar y respirar con todas mis fuerzas su maravilloso olor a sal, agaché la mirada para comenzar el rastreo de mis “orejitas”. Momentos como este hay que vivirlos para poder sentir su magia; el ruido de las olas al romper te envuelve por completo, sintiéndote dentro de ellas, mimetizándote, sin apenas darte cuenta, con ese bello paisaje.

Hacía ya mucho que no daba con lo que para mí era un preciado tesoro, sobre todo, por el significado emocional que tiene en mi familia, pero ese día me había propuesto encontrar una. Enfrascada en mi propósito, exploré con mis ojos cada palmo de arena que aparecía ante ellos y, de repente, allí estaba. A unos centímetros de mis pies había una preciosa “orejita”, con su peculiar forma y sus colores anaranjados. Mientras admiraba su belleza y me jactaba de mi suerte, me agaché para cogerla, pero justo cuando estiré el brazo para alcanzarla, mi mano se tropezó con otra que llevaba, exactamente, la misma dirección.

—¡Ah! —gritó una voz de mujer.

—¡Vaya! Se nota que las dos estábamos deseando encontrarla —ironicé—. ¡Qué ímpetu! Se me ha quedado la mano dormida del golpe. ¿Estás bien?

—Sí, ¿te duele mucho? —se preocupó la chica.

—No, no te preocupes —le dije al agacharme de nuevo a cogerla.

—Quédatela tú —sugirió con un tono muy amable.

—No, quédatela tú, por favor.

—Si quieres hacer fotos al sol, este es el momento. En cinco minutos ya se habrá puesto —me dijo mirando la cámara que llevaba colgada.

—¡Uy, gracias! Qué observadora eres... ¿Por qué no te quedas mientras las hago y luego decidimos quién se la queda? —le ofrecí.

—Está bien.

Durante el tiempo que estuve haciendo las fotos, mi mente no paraba de darle vueltas a todo lo que estaba aconteciendo. «Esto no puede ser casualidad», pensé. La miraba de reojo. Era una mujer con una llamativa piel dorada, el pelo negro, largo y muy liso. Su altura similar a la mía, no creo que midiese más de un metro sesenta. Fui recorriendo su cuerpo y pude reconocer que no le faltaba ni un sólo detalle. Lo que terminó de alucinar a mis sentidos fue ver su perfil a contraluz, mirando al sol esconderse; me pareció estar viendo una de las imágenes más bonitas de los últimos tiempos. Disimuladamente, aproveché para dejarla grabada para siempre a través del objetivo de mi cámara. «Silvia, que te veo venir...», me dije intentando reprimirme.

Cuando el sol ya se había ido se volvió hacia mí:

—¿Cómo te llamas, “fotógrafa-busca orejitas”? —bromeó.

—Soy Silvia. ¿Y tú, “mujer observadora-roba orejitas”?

—Mi nombre es Laura. Pero que conste que no te la he robado, estaba en la arena cuando la vi.

—Es cierto, ninguna de las dos llegó a cogerla. Qué curioso, ¿no crees?

—Sí, son las cosas del destino —me contestó muy segura.

Aquella frase hizo que mi corazón empezase a bombear con tanta fuerza que incluso me dolía.

—¿Tú también piensas que todo pasa por algo en la vida? —le pregunté entusiasmada.

—Claro, siempre es bonito poder creer en algo así. La vida de esa forma tiene mucho más sentido —me explicó—. Pero bueno, ¿qué piensas que hagamos con la “orejita”?

—Si te parece podemos discutirlo tomando algo. ¿Te gustaría? —le propuse sin pensármelo. A esas alturas de mi vida, andarme con rodeos era lo último que me

apetecía.

—Me encantaría —respondió con una gran sonrisa.

De camino al bar que había a pie de playa, sentía que no quería despertar de ese sueño. Todo me parecía excesivo como para que pudiese ser real, pero los pellizcos que me di fueron convenciéndome rápidamente. Había estado sola durante mucho tiempo y no me quitaba de la cabeza lo que había aprendido sobre mis relaciones anteriores, principalmente, la facilidad con la que me fabricaba, de un segundo a otro, cientos de castillos en el aire. Sin embargo, eso no debía significar que me privase de ciertos placeres, tan sólo que los dejase estar sobre la Tierra. Tomé, por tanto, la decisión de dar rienda suelta a mis sensaciones y sacar del baúl de mis miedos todas las armas de seducción que había dejado guardadas hacía ya tiempo. Sentía la imperiosa necesidad de conocer más a esa imponente mujer que tenía a mi lado.

Una vez sentadas en la terraza, Laura movió su silla para ponerse más cerca de mí. «No es posible», me golpeó en la mente, «esto pinta bien». Las dos disfrutamos admirando el juego de colores que el cielo nos ofrecía, entretanto, el sol ya escondido, seguía iluminando parte del mismo. Poco a poco, la mezcla de tonalidades dio paso a un intenso color negro invadido por millones de estrellas. Los ojos de Laura miraban con atención aquel espectáculo y yo, emocionada, volvía a recordar las maravillosas sensaciones que el enamorarme me hacían sentir, al mismo tiempo, que me decía con una gran sonrisa: «En el Universo todo ocurre por alguna razón; algo tan bello no puede ser simple coincidencia».

—Brindemos —me dijo Laura levantando su copa y sacándome de mis pensamientos.

—Vale. ¿Por qué brindamos? —le pregunté haciendo el mismo gesto.

—¡Por las “orejitas de mar”!

—¡Sí, por las “orejitas de mar” y el Universo! —añadí.

Chocamos nuestras copas y dimos un largo sorbo mientras nuestras miradas comenzaron una intensa conversación que duraría toda la noche.

Después de varios encuentros más con Laura, advertí que la emoción que había sentido aquella tarde no era más que el cúmulo de sentimientos que el ambiente supo crear; la idea de comenzar una historia de amor de una forma tan romántica como esa; una nueva ilusión que me diese motivos para inspirar a las musas y, quién sabe si, mi segundo libro, ese que durante tanto tiempo se me estaba resistiendo, que

tantas veces comencé para dejar a mitad de un camino que no sabía por dónde continuaba.

El amor ha sido siempre mi mayor pasión. A través de él he aprendido cada lección que la vida tenía que darme. Mi entrega ha sido tan intensa, tan pura y, por qué no, tan inocente, que cada paso que he dado hacia él, ha sido un tropiezo que me ha llevado a otro y otro más. Cada caída es una nueva oportunidad para ponernos de pie, y eso fue lo que años atrás, después de romper con mi última relación, me hizo entender que debía aprovechar este don desmesurado por amar, para hacer algo más que estar lamentándome de la cantidad de piscinas vacías a las que me había lanzado. Fue entonces cuando decidí escribir mi primer libro: *En busca del Verdadero Amor*.

Quien conoce mi historia sabe que mis locuras me cegaron hasta el punto de aprender a caminar con los ojos cerrados. Así estuve varios años de mi vida. Más de los que me hubiese gustado. Fui capaz, incluso, de conducirla sin ver absolutamente nada de lo que tenía delante. Las consecuencias estaban claras: el corazón roto y demasiados años construidos sobre una fantasía que se esfumaba tras cada decepción amorosa.

Tardé en reconocer mis errores, pero lo importante es que lo hice. Con tristeza, podemos observar cada día a cientos de parejas que caminan el uno al lado del otro por pura costumbre, siendo arrastrados por la inercia que les da el propio giro de la Tierra. Hasta hoy, puedo decir que no he llegado nunca a verme así. Mi problema siempre ha sido el supuesto inconformismo. Y digo supuesto porque para mí ha sido, tan sólo, la *certeza* que me decía que podía ser más feliz; que no sería tan difícil dar con alguien que no me juzgase a cada paso; no para hacerlo de forma injusta y demoledora. Opté por no hacer eterno ese bucle que convertía todos mis amores ideales en los peores enemigos jamás imaginados.

Sólo dos opciones parecen existir en el amor. Una, conformarnos con la persona que tenemos al lado; si nos trata bien, nos respeta y es una grata compañía, mejor; pero si no se da este caso, llegamos a engañarnos con otros aspectos que nos mantienen unidos en una relación sin sentido. La otra, es luchar día a día por hacer de esa persona lo que queremos, moldeándola a nuestro antojo, haciendo de ella cuanto esperamos, sin permitirle ser quien es en realidad. En definitiva, es tu pareja o tú, pero nunca los dos.

Es muy doloroso cuando la persona de la que estás locamente enamorada te trata como si no tuvieses valor alguno, como si fuese lo mismo un abrazo que un desprecio, un beso que un grito o una caricia que un insulto. Esto nunca debe ser

considerado amor. No estoy de acuerdo con eso de que “siempre hay uno que debe ceder”, que “hay que amoldarse a la otra persona en ciertos aspectos” o que, “a la larga, todo lo que no te gusta acaba por importarte lo más mínimo”. Me negué, me niego y me negaré eternamente a esto. «Si hay una persona con la que pueda compartir mi vida, será aquella a la que le guste como soy y que, claro está, a mí me encante cómo es. De no ser así no la quiero a mi lado», explicaba a quienes me preguntaban por qué seguía estando sola a pesar de mis posibilidades. Lo que estas personas nunca llegaron a comprender es que, donde ellas veían “posibilidades”, yo sólo veía problemas y dolor; gente que no se quería a sí misma y que, como consecuencia, jamás llegarían a quererme a mí.

Después de haber tenido la magnífica experiencia de estar sin pareja durante varios años, descubrí que todo eso que viví era tal y como lo sentí, la responsabilidad de todo mi sufrimiento nunca fue de quienes amé. La obligación de ser feliz está en uno mismo y, bajo ningún concepto, debemos dejarla en manos de otro ser. Hoy puedo reconocer que mi error no fue estar durante tantos años al lado de quien no me trataba como yo deseaba, de quien no supo darme el lugar que yo quería tener en su vida, sino creer que la otra persona podría cambiar para ser justo como yo necesitaba. ¿Qué diferencia había entonces entre ellas y yo? Evidentemente, ninguna. Ellas querían apagar mi luz y yo encender una llama en sus corazones, imposible de conseguir cuando la leña está tan mojada de ilusiones vacías.

Cinco años atrás, después de terminar mi relación con Ángela, a quien llegué a considerar el amor de mi vida, comencé un nuevo caminar que me llevó a alcanzar las respuestas a tantos años de preguntas. Desde entonces, he tenido muy claro que, ante situaciones que me provoquen dolor o tristeza, mi reacción inmediata debe ser la de salir corriendo. Dicen que “correr es de cobardes”, pero una retirada a tiempo siempre es mucho mejor que todas las batallas sin sentido que se nos puedan presentar. Este fue el motivo que me alejó de esa Laura y de todas a las que fui conociendo a lo largo de ese tiempo.

En mi nuevo sendero conocí a mucha gente, ganándome una vez más el triste apodo de *donjuán*. Triste, porque viene a ser un sinónimo de un *rompecorazones*; de alguien que hace del amor un juego cuyas reglas sólo pertenecen a uno de los dos, una mentira que sólo da placer al que tiene todas las cartas en sus manos. Ni mucho menos fueron esas mis intenciones. Se trataba, sencillamente, de seguir buscando a mi gran amor, pero sin la venda en los ojos que tantos años había llevado. En caso de no encontrarlo, sólo me quedaba aprovechar cada oportunidad y disfrutar las aventuras que la vida me iba regalando para no dejar que mis sentimientos se

durmiesen. Siempre que una persona sabe lo que quiere, lo que no quiere se convierte en algo totalmente secundario. No puedes pararte a valorar lo negativo que es alguien para ti; sólo hay que buscar en su mirada el reflejo de tus deseos y si no los ves, cerrar los párpados y abrirlos cuando vengan otros ojos donde poder seguir buscando.

El tiempo fue pasando de esta forma, pero, aunque al contarlo parezca sencillo, no dejó de ser doloroso. Tener la esperanza, desde siempre, de que tu alma gemela está esperándote en alguna parte; querer que llegue ese momento para mostrar a quienes te llamaron loca que la locura sólo está en quienes no creen en el amor; sentir que cualquier detalle puede ser la señal que te grite que es esa la persona que soñabas; ver pasar el tiempo y que nada de esto ocurra... Poco a poco, las ilusiones se fueron cambiando por una simple rutina y, sí, puede que finalmente me lo tomase como un juego para no tener que verme otra vez como una ilusa que entregaba toda su alma a cambio de nada. Lo cierto es que, para no sentirme igual de estúpida que años atrás, me dediqué a pensar que el amor soñado era una invención infantil y, como disfrutaba tanto conquistando corazones, que luego partirían el mío, lo ideal era no darle la menor importancia a nada de lo que vivía, y eso, en consecuencia, le quitaba seriedad a las relaciones que mantenía con mis furtivas parejas.

Experimenté días de ensueño y noches muy divertidas, algunas incluso románticas, pero reconozco que echaba de menos enamorarme; enamorarme de verdad, como nunca antes lo había hecho. Es curioso echar de menos un sentimiento que nunca has tenido...

Tuve algunas subidas parecidas a las que sentí con Laura, pero todas acababan por ser más de lo mismo: príncipes o, en este caso, princesas que al recibir mis besos se convertían en insípidas ranas. Pasaba el tiempo y nadie tocaba mi corazón con la intensidad suficiente como para que me esforzase lo más mínimo, para hacer esas locuras que, años atrás, tanta vida me daban. Percibía la derrota antes incluso de comenzar el reto. La motivación ya no era suficiente.

De esta época me llevé grandes enseñanzas. La más importante, en mi crecimiento como persona que amaba y quería ser amada, fue darme cuenta, más vale tarde que nunca, de que el amor debe ser pacífico desde el comienzo; sin luchas ni convencimientos, sin carreras faltas de metas, sin necesidad de suplicar los momentos que se compartan, ni de alargar las esperas innecesarias. El amor verdadero debe fluir como lo que es: Amor.

Otro aspecto positivo de estos encuentros era que despertaban la inspiración que, de no tener vivencias, quedaba totalmente aletargada. Por esto, en el aspecto amoroso seguía siendo una loca enamorada del amor, pero caminando de puntillas

para no despertar las tempestades que, tantas veces, acababan por dejarme sin nada. Deseaba enamorarme, pero la vida seguía sin esperarme y llegué a la determinación de que no era algo que necesitara para sentirme feliz cada día. Puedo afirmar con orgullo que, por primera vez en mi vida, el amor de pareja había pasado a un último plano. Estaba abierta a sentirlo, deseaba su llegada, pero ni lo esperaba ni, mucho menos, lo buscaba.

Quería seguir dando a conocer mis escritos y conseguir la inspiración necesaria para terminar de darle forma a un segundo libro que no sabía con qué matiz salir a la luz. Lo mejor que hice en los últimos años fue percatarme de que la escritura era la mayor de mis pasiones, pero una escritora que no es leída pierde el sentido de su labor. No había dejado de escribir en mi diario personal al que, hace más años de los que puedo recordar, bauticé como *Mi Mundo*, pero pensé que sería buena idea, tras reflexionar sobre mis aprendizajes, colgarlos en un espacio de internet, al que decidí llamar: *Los hilos del Universo*. Con ello, aprovecharía para compartir mis ideas sobre el poder que considero que estos hilos tienen en nuestras vidas y, por supuesto, en el amor; sin pretender que nadie se monte películas, sino todo lo contrario, tratando de que alberguen en sus corazones sentimientos auténticos, dejando atrás, tanto quimeras como dramas, que sólo sirven para vivir llenos de infelicidad.

Los hilos del Universo

“Amor loco”

Cuando el amor se vuelve loco no podemos adivinar por dónde nos va a salir. A veces su locura nos llena de pasión, de deseo, de sonrisas infinitas; otras, nos conduce a la desesperación, la incertidumbre, el abandono personal, la tristeza y, cómo no, la locura...

No podemos, a pesar de esto, encerrarnos en el daño que otros corazones nos hicieron, pues llega el día en el que descubres que todo lo que anhelas puede ser realidad, puede ser mucho más que una simple relación que acabará dejándote sin una gota de sangre, con demasiadas cosas que arreglar en tu alma como para que merezca la pena arriesgarse una vez más. Sí, es posible hallar a una de esas personas que va por el mundo buscando lo mismo que tú, siendo lo que tú eres: Libre para amar y, sobre todo, lo suficientemente libre para ser amado.

La libertad es la condición necesaria y suficiente para poder atarte sin miedos. De esta forma los lazos que nos mantengan unidos nunca serán sentidos como un freno, sino como

un apoyo; nunca dejarán marcas en la piel, sino en nuestros corazones. Dos almas que caminan por la vida con la única intención de ser felices. Las alegrías se comparten, las ganas son los puentes del deseo, la magia hace que todo sea sencillo, pasional, pero simple, sin más de lo que hay, de lo que se ve, de lo que se siente. Los problemas son sólo aspectos sobre los que conversar, no es necesario discutir; no hay nada que no pueda solucionarse, nada que deba ser gritado para que la otra persona nos escuche. Cuando sólo “eres” no ocultas nada y cuando no escondes nada no hay más que temer. Te amarán tal y como te muestras, sin sorpresas que lleven al desamor; te amarás tanto que serás capaz de amar lo que ves y no lo que crees que tienes delante.

Hoy, mi corazón se abre nuevamente al amor que nunca tuve, que siempre creí haber encontrado, que aún no he hallado; espero en calma que el Universo mueva sus hilos para acercarme a mi soñado amor; me dejo llevar por las nubes que, aun viajando velozmente, saben frenarse para permitir que descargue la humedad de mis pensamientos sobre el mundo. Sí, me vuelvo loca de amor, sintiendo que la cordura me llena el alma, permitiéndome hacer millones de locuras sin tener miedo al rechazo, sin dudar de que lo que hago es lo que despertará sus sonrisas, rozará su corazón, hará temblar su alma. Soy tan libre para ser quien soy que por fin puedo sentir con toda intensidad la maravilla que se desprende de este amor que nace de la independencia, la fuerza y la claridad para saber que cuando alguien te ama de verdad, lo único que podrá hacer es que llores de felicidad.

Mi blog pasó a ser el rinconcito más visitado por mis sentimientos. Lo que más me gusta, de mi trabajo como escritora, es poder tocar los corazones de las personas para las que escribo. No basta con que me lean, se trata de que hagan suyos todos mis escritos, se vean reflejadas en ellos y sirvan para dar respuesta a tantas incógnitas que se nos presentan en la vida y en el amor; quiero que se contagien de las emociones que se sienten cuando somos libres para disfrutar, para elegir qué y cómo queremos que sean nuestras vidas; en definitiva, me gusta pensar que, entre mis letras, hallarán esa luz que les haga comprender que todos podemos llegar a ser plenamente felices.

Con este paso avancé enormemente en mis objetivos, ya que el enriquecimiento de mi trabajo no buscaba ser económico; se trataba de ganar a nivel emocional, ayudar a mi alma haciendo que se sintiese feliz al ayudar a otras. No era negativo tener que seguir trabajando en un instituto, al fin y al cabo, escribir es el don que la vida me ha dado, pero ser maestra es la vocación que siempre he sentido. Mi mente cuadrículada asimiló que no debemos cerrarnos unas puertas para poder abrir otras. Nadie dice que no se puedan tener todas abiertas de par en par. Nunca se sabe cuál será la que acabaremos por cruzar para que nuestra vida siga avanzando.

Tras esta lección, mis emociones se fueron estabilizando en torno a una felicidad constante que sólo se veía afectada por situaciones que no dependían de mí misma. Debemos saber que el sufrimiento, la impotencia o la tristeza son los sentimientos que dan equilibrio a una vida que, de no tenerlos, acabaría careciendo de sentido puesto que, aunque se puede aprender de las buenas experiencias, no hay mejores enseñanzas que las que nos trae la superación de las malas.

Así, seguía ilusionada, cada vez más, por mis letras y todas las personas que, para mi asombro, me pedían que no dejase de subirlas a las redes sociales. Dedicaba todo mi tiempo libre a ello. Mi ilusión, al editar mi primer libro había sido poder llegar a una sola persona en el mundo y, con el paso de los años, estaba sobrepasando límites que no conocía. Mi única preocupación o, más bien, ocupación importante, era escribir.

Los hilos del Universo
“Viaje a la felicidad”

Comienza el viaje. He tenido que hacer la maleta. En ella he metido todas las ilusiones que me quedan por sentir, las que nacieron de las desilusiones que vistieron mi corazón; un par de sonrisas por si se mancha la que llevo puesta y varios pares de zapatos para no quedarme parada en el camino de mis anhelos. Casi no puedo cerrarla. Metí también las pasiones que me permiten seguir respirando, viviendo, sintiendo...

No sé cuál será el fin del trayecto, tan sólo que debo seguir avanzando pues, de quedarme quieta, estaría frenando la evolución de mi alma. Con los prismáticos miro cada mañana lo que está por venir, a través de la meditación asumo la responsabilidad que me toca adquirir. No hay vida sin movimiento, ni movimiento que no nos llene de vida...

Al emprender mi andadura no tengo miedo de no poder regresar al punto de partida porque, a partir de ahora, éste será siempre donde esté. Cada día será un nuevo comienzo y cada comienzo estará repleto de las más bellas emociones. No hay aventura sin sorpresas, ni sorpresas que no nos lleven a vivir nuevas aventuras.

Atrás dejo los sueños que no se debían cumplir, las personas que no quisieron seguir, las vivencias que deseo olvidar y todas las que por siempre quedarán. Es infeliz el que tiene miedo de reír, de cambiar, de ser quien es de verdad. No se puede vivir sin ser, sin respirar, sin dejarnos llevar.

De nuevo, con mi mochila al hombro, sonrío al Universo sabiendo que sus hilos harán de mi travesía la más real de mis fantasías. Sé que todo esto que encuentro al caminar es una señal que me lleva a avanzar, a vislumbrar las calles correctas por las que debo

continuar. Diviso horizontes por traspasar, me animo cuando escucho a los pájaros cantar y bailo cuando la lluvia me quiere mojar. Veo lo que nunca imaginé e imagino lo que antes no pensé tener. La vida se vuelve un regalo que disfrutar, la tristeza es sólo el descanso de mis sonrisas y las lágrimas la mejor forma de responder a la suave brisa...

Viajando siempre por la felicidad; tú decides si te subes o la dejas pasar...

De esta forma fue pasando el tiempo, hasta que un día, tan inesperado como deseado, estos pensamientos se vieron acompañados por un sentimiento totalmente desconocido para mi corazón...